

Hola a todxs. Bienvenidas a este doble recital que hoy tenemos la suerte de compartir con Laura y Martha. A mí me toca introducir la segunda parte del mismo, que no es otra que el recital presentación del libro *Las señales que hacemos en los mapas*, de Laura Casielles.

Y lo cierto es que estoy nervioso, y responsabilizado, y emocionado, por presentar estos poemas, por presentar a Laura.

Esta semana he estado de viaje para encontrarme con gentes que querían saber de la campaña contra los vuelos de deportación, que tienen como principal destino Marruecos; y entre encuentro y encuentro de ese reciente viaje mío, me subía a trenes que me regalaban horas y horas para manosear, leer, recitar, los poemas de *Las señales que hacemos en los mapas*. El libro me ha hecho compañía, me ha conmovido, me ha acercado todavía más a Laura.

Leí algunos poemas en clave personal, de ella y yo, pues este libro habla, entre otras cosas, de la hospitalidad, y yo he llegado últimamente a casa de Laura, en Madrid, *en medio del chubasco*, y ella siempre ha estado esperándome, como leeréis en el libro, *con el abrazo a punto*.

Pero si este libro es una lectura fundamental para mí es porque Laura me permite recorrer, una vez más, el mapa de ese lugar al que nunca he ido –Marruecos, pero también la frontera, también el otro o la otra desconocidas. Nunca he ido a Marruecos, nunca he cruzado la llamada *frontera sur*, pero es un lugar al que, en realidad, he viajado muchas veces.

Hasta ahora habían sido Sufián, Mohamed, Abdel, Ayoub, Omar, Zacarías..., esos casi niños, quienes me habían hablado de sus callejas, de sus ventanas, de sus abismos. Habían sido ellos quienes me habían contado historias de sus gentes, de sus barrios, de los colores de Fez, Tánger, Casablanca. También fueron ellos los que primero me hablaron de los controles, de los guardianes, de los uniformes.

Hasta ahora habían sido Fatiha o Habiba quienes, con su presencia aquí y con su ausencia allá, me habían acompañado en mi viaje a Marruecos. Ellas me hablaban sobre todo con los ojos y con las arrugas de su piel, me hablaban con la lucha por salir adelante con sus hijas e hijos aquí. Hasta ahora había sido Mahmud, migrante senegalés camino de las alambradas de Ceuta y Melilla, quien me había hecho cruzar la frontera, quien me había conmovido mientras contaba, al mismo tiempo, el racismo brutal que había sufrido en El Magreb y la solidaridad que había recibido de las gentes pobres de Marruecos, esas que compartían su trocito de pan con los pobres entre los pobres.

Y ahora leo emocionado a Laura, que me invita –nos invita– a un nuevo viaje; recorro sus palabras y siento cómo enseguida se hermanan con las palabras de Moha, de Fatiha, de Mahmud.

Me hablan –los versos de Laura– de cómo era Moha antes de venir aquí, de qué manera fundaba cada día, junto a los suyos, la ciudad, su ciudad, antes de decidirse a abandonarla escondido en los bajos de un camión.

Leo *la hermosura de un puente está en que hay dos orillas*, y me imagino a Mahmud atravesando desiertos.

Y, sobre todo, pienso en Fatiha y en Habiba cuando leo:

*A veces, las mujeres que admiro lloran.
Lloran polen, lloran piedra, lloran plumas caídas del estornino débil
y aceite quemado sobre la arena gris.
Lloran porque no encuentran
el hilo del buen amor,
lloran porque su voz no es una columna de mármol,
lloran por el peso del río.*

*Hay mujeres que admiro y no conozco y a veces lloran.
Supongo que también les arden los bulbos en las entrañas
y tienen en el jardín
tumbas de cedro.
Otras mujeres llevan
el fardo prieto de veinte siglos sobre los hombros.
No tienen mucho tiempo para llorar, pero, a veces,
manantiales y pozos y olas se les caen a las manos.*

Creo que ya hace tiempo que Laura decidió *hacia qué lado quiere tratar de inclinar la balanza de las palabras.*

Yo quiero ponerme con ella –contigo–, con toda esta gente que nos acompaña, de ese lado.

Gracias y enhorabuena a Libros de la Herida por esta preciosa y cuidada edición de *Las señales que hacemos en los mapas.*

Gracias, Laura, por todo.